

2. CREENCIAS, VALORES, TRADICIONES Y COSTUMBRES VIGENTES en la sociedad de Israel -y su entorno- antes y en tiempo de Jesús de Nazaret.

El tema da para más de un libro -ya escritos-. Aquí sólo intento hacer un resumen breve, pero suficiente -creo-, aunque conlleve algunas limitaciones. Entre esas limitaciones se encuentran las referencias muy sintéticas que hago respecto a la **evolución de la conciencia ética** de algunas sociedades antiguas.

2.1. Valores, tradiciones y costumbres sociales

La cultura es un factor determinante en la vida de una persona. Viene a ser como una atmósfera dentro de la que se mueve, se nutre y se desarrolla.

Si esa cultura es excluyente y dominadora, tiende con fuerza al troquelado, es decir, a modelar las mentes y a uniformarlas, impidiendo un desarrollo plural más variado, y sobre todo divergente y enriquecedor.

Si, por otra parte, esa cultura se halla constituida o fundamentada en valores, costumbres y tradiciones “sacralizadas”, resulta muy difícil y arriesgado cualquier intento de revisión o de cuestionamiento. En esta situación, una sociedad acaba volviéndose estática, impermeable, muy resistente al cambio. Termina acaso en el integrismo, concibiéndose algo así como el fin de la historia.

En este caso, lo normal es que esa sociedad se cierre en sí misma y caiga en el etnocentrismo, cultivando y reforzando ese cierre; sin percatarse de que ése es un camino sin salida, que conduce al autoencumbramiento, y a la larga al retraso decadente, humano, moral y espiritual -acaso también al anacronismo acrítico.

Cuando en esta situación cerrada, y pese a ella, el hombre maduro toma conciencia clara de sí mismo y de su dignidad personal, desarrolla una capacidad de análisis, que, como ya apuntamos, le puede llevar al cuestionamiento de valores y pautas de conducta impuestos; y tras ese cuestionamiento, y como consecuencia, a la liberación personal -libertad interior-, que le permite ver más claro e impulsar la reformulación de valores, tradiciones y costumbres, que afectan a las mismas estructuras del sistema.

En este caso, aparece el hombre creativo e innovador, que propone una revisión, acaso una revolución, de pensamiento y de conducta, que de llevarse a cabo en condiciones adecuadas haría posible la aparición de un hombre nuevo y de una sociedad nueva, más madura. (Aunque la estructura tradicionalista del sistema se opondrá con todas sus fuerzas.)

Éste fue el proceso ocurrido justamente en Israel con la aparición de Jesús de Nazaret y su mensaje. Para entenderlo mejor, veamos cómo se hallaba constituida y organizada la sociedad israelí en aquel tiempo.

La sociedad de Israel estaba modelada y regida por una norma fundamental: la Ley, recogida en el Pentateuco, y junto a la Ley, también las tradiciones o normas de vida, contenidas en la Halaká. La Ley era al mismo tiempo norma civil y religiosa. Las tradiciones, muchas cuasi sacralizadas e incuestionables, frecuentemente reinterpretaban -y a veces deformaban- el espíritu de la misma Ley. Ley -Pentateuco- que a su vez, en su redacción, estaba condicionado por su tiempo, por épocas pretéritas de estructura tribal y patriarcal, frecuentemente cerrada y excluyente; estructura que perduró en el tiempo.

Las estructuras sociales tienden a perdurar más de lo que pensamos. Si repasamos la historia -mejor, la intrahistoria-, en seguida advertimos que muchas de las estructuras de base de las sociedades modernas en realidad han cambiado poco. Advertimos que han cambiado los valores superficiales más que las estructuras de fondo: Piénsese en la organización social, jurídica y económica, en la militar y fiscal... Piénsese en las luchas y esfuerzos ingentes que la sociedad occidental ha tenido que hacer para conseguir algunos pequeños derechos, que frecuentemente no se respetan o se reducen -lo que equivale a un intento de vuelta al pasado-... Piénsese en la sociedad indú o en las sociedades musulmanas, que en algunos aspectos todavía mantienen una estructura social bastante similar a las sociedades patriarcales del oriente medio del tiempo del Señor...

¿Cómo era concretamente la sociedad israelí del tiempo de Jesús? Era una sociedad dual, aristocrática, teocrática y excluyente, por una parte, que utilizaba la Ley y a Dios para fortalecer el estatus de esa aristocracia dentro de la estructura social y religiosa tradicional. (Los escribas y fariseos se pueden considerar de algún modo integrados (?) en ese estatus.) Y por otra parte, el pueblo, agropecuario, pesquero (en Galilea) y con pequeños grupos artesanales, que en gran parte vivían al día o malvivían entre aprietos o apuros frecuentes.

Unos -la clase alta- se consideraban “**puros**” ante la Ley, por lo que no se juntaban con los que consideraban “**pecadores**”, **rechazados por Dios**, según ellos...

Así reforzaban esa **sociedad dual**, apoyada en una estrecha interpretación de la Ley, pese a que deformaba la imagen del mismo Dios. En ese contexto, la clase aristocrática, que se autovaloraba como más “espiritual”, imponía normas duras, estrictas, al pueblo; normas que constituían de hecho cargas pesadas sobre los más débiles. Ese comportamiento autoritario era un modo de control, de sometimiento y de abuso de poder, tal vez en ocasiones ya poco consciente.

Concretando más, esa sociedad se hallaba organizada así:

-**Los ancianos y sacerdotes** de alto rango ocupaban el primer estadio de esa jerarquía. Los ancianos eran los poderosos, jefes de familias ricas, que **junto al alto clero** representaban la aristocracia del poder.

Una fuente de su riqueza provenía del cobro de impuestos, entonces concedido por las autoridades romanas. Los diezmos del templo eran otra fuente.

Los sacerdotes -alto clero, saduceos casi todos- formaban con los ancianos y algunos escribas -maestros más destacados-, **el sanedrín**, corte suprema que se reunía en el templo, y que compuesta por 70 varones, presididos por el sumo sacerdote, administraba justicia y dictaba sentencias y normas -menos la pena de muerte- **obligatorias**. (La pena de muerte se la reservaron los romanos para sí.) Esta clase alta vivía en barrios lujosos de Jerusalén, alejados del pueblo.

-Tras éstos se situaban **los escribas**, especialistas en la Ley, y que ejercían como teólogos y maestros. Eran los llamados rabíes. Se dedicaban a la enseñanza.

Tenían menos poder económico -los había incluso con pocos recursos, como también ocurría con el clero bajo-; pero disfrutaban en general de buena reputación entre el pueblo.

-A continuación figuraban **los fariseos**, clase en general menos formada que los escribas, pero que se consideraban, como fieles observantes de la Ley, “la verdadera comunidad de Israel”, los santos, los puros ante Dios. Algunos eran también escribas.

-**Los esenios** -¿y la comunidad de Qumram?- formaban otro grupo, que vivía separado en comunidades; como los anteriores tampoco convivía con el pueblo; y esto como una exigencia de pureza y santidad.

La comunidad de Qumram, organizada en régimen de vida monástica, enclaustrada -la separación era absoluta-, se mostraba muy rigorista, y en algunos aspectos también excluyente y discriminadora.

Las ideas más espirituales e innovadoras del Maestro de Justicia parece que habían sido poco asimiladas. La observancia literal, exagerada y casuística, dominaba el régimen de esa vida religiosa monástica.

(Permítase observar entre paréntesis cómo cada uno de estos grupos o clases sociales era excluyente y pretendía ser más puro que los otros, **apartándose...**)

-**Los publicanos**, que trabajaban -muchos para poder vivir- en agencias de recaudación -los impuestos de hoy-, controladas por poderosos, constituían otro grupo, mal visto en general. Los jefes eran claramente rechazados por el pueblo.

-Por último, **el pueblo** sencillo, trabajador, que se dedicaba a tareas agropecuarias (muchos al servicio de latifundistas), -en Galilea también a la pesca del lago y al salazón-, así como a algunas otras profesiones: artesanía, construcción, venta-comercio ambulante...

-Apenas existía **clase media**, aunque los pequeños comerciantes, algunas profesiones artesanales y el clero bajo vivían algo mejor que el pueblo sencillo, que constituía naturalmente la mayoría de la población. Todos éstos se hallaban sometidos a altos impuestos, lo que obligaba en muchos casos a privaciones y sacrificios personales y familiares.

-**La clase pobre** campesina, los considerados siervos o esclavos -trabajadores domésticos sin libertad por seis años- y los mendigos, era numerosa.

En esta situación surgió entre la clase baja -y también en el ala más radical de los fariseos- un movimiento rebelde, extremista y armado -**los celotas**-, que provocaba revueltas contra el dominio y opresión extranjeros. (Jesús tuvo algún discípulo que había sido celota, como Simón el celota, y parece que también Judas Iscariote.)

-Pero además es importante subrayar este otro dato significativo: La sociedad de Israel -aparte de los grupos ya señalados- no vivía cohesionada, unida y muy cerrada en sí misma nada más que en Judea. **Los galileos** eran considerados medio impuros, porque su población se había cruzado con emigrantes no judíos de pueblos limítrofes, que atraídos por la pesca del lago y el trabajo en sus tierras más fértiles se habían asentado en la región.

Más impuros todavía eran considerados **los samaritanos**, pues su integración con otros pueblos vecinos había sido mayor que en Galilea; por lo que eran un poco más liberales en algunas costumbres, y porque además cuestionaban el poder religioso exclusivo de Jerusalén y el centralismo del templo.

Por ello eran como herejes para los judíos, con los que no se trataban. Más aún: se rechazaban mutuamente. (Aquí se encuentra un ejemplo de rechazo y condena integral por ideas -también religiosas-, y por sangre...)

-Otras características de la organización de aquella sociedad eran:

***La estructura patriarcal**: El padre representaba la única autoridad familiar. Era señor absoluto, el dueño que decidía todo lo relacionado con la familia: mujer, hijos, trabajo, administración, formación de los hijos varones y en buena medida también el matrimonio de las hijas...

Entre ricos existía la poligamia, así como también en caso de esterilidad de la mujer.

En lo referente a **la mujer hay que destacar que era mucho menos valorada que el varón, por considerarla inferior e inmadura. Esta visión de la mujer no era exclusiva de Israel: se hallaba establecida en las sociedades del entorno, incluida la misma Grecia clásica. En Aristóteles se encuentran afirmaciones poco favorables a la mujer: un ser que iba para varón, pero que desde el mismo feto se truncó en su desarrollo pleno... Explicación que más tarde -unos mil quinientos años después- recogerá y enseñará Tomás de Aquino... ¡Tanta es la fuerza de la tradición, incluso en el aspecto meramente intelectual!

(Por esto -entre otras razones- no debería sorprendernos que las ideas religiosas, sociales y éticas de Jesús de Nazaret no se hayan extendido suficientemente en la tierra, y aún hoy en parte no se entiendan ni asuman, pese a su profunda actualidad. Como veremos más adelante, las fuerzas conservadoras con sus intereses son muy poderosas y resistentes al cambio.)

Volviendo al tema de la mujer, en la misma Biblia también se encuentran pasajes muy negativos respecto a ella; pasajes que reflejan esa infravaloración social muy generalizada en aquellas culturas. Por lo que no recibía más formación que la doméstica y la agrícola

sencilla. (Como vemos, la lucha-liberación *actual* por la igualdad de la mujer y la no discriminación... tiene raíces muy antiguas, que aún perduran.)

Una vez contraído el matrimonio, el único **dueño** de la mujer era el marido. Incluso casada, a efectos legales, era considerada como menor de edad. (Insisto: Esto no debe sorprendernos, si pensamos cómo se hallaba sometida la mujer en muchos aspectos legales hasta mediados del siglo XX en la misma Europa.) Lo cual confirma lo que venimos diciendo: que el cambio mental y social en estructuras de fondo es muy lento, demasiado lento, en la historia.

Así se entiende este otro dato muy significativo: la mujer no podía participar en el culto del templo ni en la sinagoga -¡cosa de hombres!-. (Como todavía hoy entre los musulmanes, y también entre los judíos, separados para orar tanto en las mezquitas como ante el muro de las lamentaciones...)

Cuando por las fiestas las mujeres subían a Jerusalén, no podían pasar del atrio de los **gentiles** en el templo. Mujeres, esclavos y niños ocupaban un nivel de dependencia muy similar.

Por eso no servían como testigos **fiables** ante un tribunal. (Cosa que también ocurría en las sociedades griega y romana.) Subrayo “fiables” por lo que más adelante, como veremos, encomendará Jesús a María Magdalena.

Así se entiende la expresión, que los judíos recitaban como oración en las sinagogas del siglo I y II: “Bendito seas, porque no me has hecho esclavo, mujer o ignorante...” El Talmud babilónico también refuerza esa infravaloración.

Otro dato significativo, que revela el control a que estaban sometidas socialmente, es que las mujeres no podían aparecer en público sino con el rostro **cubierto con un velo**, aunque en pueblos y familias sencillas eran menos rígidos.

Por otra parte, las normas prohibían encontrarse a solas con una mujer, ni ésta podía trabajar sola en el campo. Hasta para ir a buscar agua, debía ser acompañada. Tales normas no eran sólo una medida de protección...

En estas circunstancias, se comprende que los discípulos de Jesús se sorprendieran cuando lo encontraron hablando a solas y en lugar público con una mujer. (Jn. 4, 27) Lo cual resulta muy elocuente y significativo...

Sólo añadir un dato más: durante la menstruación, la mujer era considerada impura, y después del parto debía purificarse con un ritual en el templo, como se establece en Levítico 12, 1-8.

Todo ello explica que sólo los varones fueran los herederos. La mujer no tenía derechos, sólo obligaciones. (¿Recuerdan las “dotes” de siglos posteriores...?)

Sin embargo, dentro de esta rigidez e infravaloración, cabe decir que cuando se negociaba el matrimonio, el padre solía pedir -y atender- el consentimiento de la hija. No solía forzarse el matrimonio, como si la mujer fuera un objeto de venta o negocio, con la dote por medio. (¿Sorprende este dato, si miramos a algunas culturas actuales?)

Por otro lado, la facilidad con que se recurría y se admitía el **divorcio**, por parte del varón, es otra prueba más que refleja el estado de indefensión de la mujer. El divorcio era sólo un privilegio o derecho del marido, que podía ejercerlo por razones nimias, como, por ejemplo, no cubrir bien la cabeza en público o por hilar a la puerta de casa.

En caso de adulterio, la mujer era condenada a muerte por lapidación pública. Sin embargo, el marido adúltero estaba exento de castigo alguno. Más aún, la mujer debía tolerar concubinas en su propia casa, si el marido se lo imponía.

Contra éstos y otros abusos y opresiones -a veces aprobados o consentidos en el V. T.- se manifestó abiertamente, en público, un hombre judío, Jesús de Nazaret, como veremos.

****La educación:** Las escuelas, teóricamente “gratuitas”, instaladas en las sinagogas, sólo admitían a niños varones, nunca a niñas. Estaban dirigidas por un rabí o maestro de la Ley, elegido por los ancianos del pueblo, que se comprometían a darle alojamiento y a mantenerlo.

La educación -el curriculum- giraba fundamentalmente en torno a la Ley, la historia de Israel y la ética, y dentro de ésta se inculcaba el respeto a las costumbres y tradiciones, como normas de vida.

Los niños varones iniciaban el aprendizaje a los cinco años: aprendían a leer y escribir, numeración y cálculo elemental, himnos y cantos. Escribían en tablillas de cera. A los diez años se iniciaban en el conocimiento de la Ley -la Torá-, de la historia bíblica de Israel y de las tradiciones.

La formación podía durar hasta los dieciséis-dieciocho años, según el criterio y los recursos de los padres. En las sinagogas había rollos de la Torá, de los profetas y de los salmos, que podían servir de textos, sagrados en este caso.

La enseñanza era sobre todo oral, siguiendo el criterio que se expresa en Salmos: “Lo que hemos oído y sabemos, lo que nos contaron nuestros padres, no lo encubriremos a nuestros hijos; contaremos a las generaciones posteriores las glorias de Dios y su poderío, y los prodigios que ha obrado”. (Sal. 78, 3-4)

Socialmente se valoraba mucho el saber, lo que servía de motivación en el aprendizaje.

Después de esa edad, quien tuviera capacidad, interés y recursos podía ampliar su formación en una escuela superior con un maestro rabí reconocido, de prestigio.

****Vida laboral:** Los últimos años de formación en la Ley y en la tradición se podían compaginar con una formación profesional, incluso con el trabajo en el campo. El principal responsable de esta tarea era el padre, que solía iniciar a sus hijos en la propia profesión.

Como ya vimos, las profesiones se reducían al ámbito agropecuario -agricultura, ganadería, pastoreo-, generalmente ejercido en terrenos de latifundistas, así como también a la construcción y menaje: alfarería, albañilería, carpintería, curtido de pieles, tiendas, telas, calzado, sastrería. Aparte de algunos pequeños comerciantes itinerantes... En Galilea se ejercía también la pesca y la salazón.

Aprender bien una profesión, un oficio manual, del que en caso de necesidad poder sustentarse, era algo importante en la formación de un varón. José y Jesús de Nazaret eran carpinteros. Pablo, formado en la Ley en un centro superior, ejercía en caso de necesidad como fabricante de tiendas. Áquila y Priscila, matrimonio de judíos cristianos, y en algún momento colaboradores de Pablo en la difusión del Evangelio, tenían la misma profesión. (El templo sólo podía ser reparado por sacerdotes, que debían ser expertos en tareas de construcción.)

****Tradiciones y costumbres:** Señalo sólo algunas más significativas:

-Como vimos, las mujeres debían ir cubiertas y llevar velo cuando salían de casa. En general llevaban una vida retirada. Se reunían entre sí en los patios interiores, comunes a varias casas. No podían conversar con un hombre en la calle.

-Los varones, frecuentemente con turbante, a modo de sombrero como defensa del sol, llevaban además solideo -kipa-, como recuerdo de que Dios está sobre nosotros, de que es el Señor supremo.

-Los rabinos iban siempre vestidos de negro, como signo distintivo de su función docente y religiosa (y de estatus?)

-La sinagoga, surgida en el exilio de Babilonia, suplía al templo como lugar de oración y de culto. El rabino que dirigía las oraciones era elegido por los ancianos del pueblo. En las reuniones del sábado el culto consistía en recitar oraciones e himnos, lectura de la Ley y de los profetas, y a continuación la homilía del rabino, sentado en una silla, llamada la “cátedra de Moisés”.

-Las subidas a Jerusalén por las fiestas grandes -Pascua, Pentecostés, etc.- era otra tradición y norma muy respetada.

2.2. Valores, tradiciones y costumbres éticos

Todo grupo humano, todos los pueblos, para cohesionarse y sobrevivir, necesitan regular su convivencia sobre principios y valores compartidos y consensuados lo más posible; o ser sometidos a/por una autoridad absoluta indiscutible, que imponga las normas.

Dentro de la primera opción, esos principios y valores reconocidos y fundamentados, según la madurez de cada época, deben estar jerarquizados de tal manera que, en el comportamiento del grupo, el respeto a esa jerarquía de valores constituye la base de lo que llamamos ética.

Un sistema de valores humanos éticos, bien fundados y jerarquizados, que regule las relaciones interpersonales de convivencia, ha sido y es una aspiración y una necesidad humana personal y como grupo. Digo “aspiración”, porque la ética también sigue un proceso evolutivo de maduración y perfeccionamiento, al que, en principio, tiende el ser humano en su convivencia.

Ahora bien, ¿en qué criterio, sobre qué valor debemos fundar y regular esa **convivencia**? Teóricamente parece que hoy ya no caben dudas razonables; el criterio fundamental debe ser éste: que **el ser humano** -hombre y mujer- constituya, **como primer valor**, la base ética de esa convivencia.

El ser humano -cada uno de nosotros concretamente- debe ser la gran pauta de referencia en la valoración y en el trato con los demás, de modo que ese principio puede enunciarse así: *Trata como quisieras ser tratado*.

Pero este principio, en nuestro proceso evolutivo, lógicamente no se ha visto con claridad a lo largo de la historia -ni incluso en nuestro tiempo-, aunque la preocupación por el hombre haya estado subyacente, dentro de ese proceso en marcha.

Veamos un resumen muy breve de ese proceso -hasta donde conocemos- a través de la historia anterior a Jesús de Nazaret:

A) **Entre los sumerios, el código de Hanmurabi** (1.700 años a. de C.) regulaba bastantes aspectos de la convivencia, incluso los salarios. Pero defendía el ojo por ojo, como un principio fundamental en el comportamiento humano y en la convivencia social.

B) **Los hititas** (1.500 años a. de C.) elaboraron leyes algo más maduras, más humanas: No admitían la venganza sino la compensación, como un principio regulador de la convivencia y de las relaciones interpersonales en caso de daño.

C) **Buda y Confucio** (siglos VI-V a. de C.) Son contemporáneos, y ambos tratan de profundizar en los fundamentos de un comportamiento ético entre las personas y en las sociedades, cada uno con sus características específicas. Por su importancia desarrollo algo más sus ideas.

--**Buda** -Gautama Sidarta- proviene de familia real. Creció y se formó, parece que a fondo, como correspondía a un príncipe, en un ambiente de lujo y privilegios, con todas las comodidades que teóricamente permiten (¿?) una vida feliz, a la que debió aspirar ardientemente.

Sin embargo, dejó esa vida... ¿Por qué? En la situación de privilegios en que vivía, debió comprobar en su entorno -acaso experimentarlo él personalmente-, que la felicidad es un sueño improbable. Acaso algo profundamente negativo lo impactó con tal fuerza, y le causó tanto dolor -¿intrigas, purgas, asesinatos?- que le puso en evidencia la fragilidad de los fundamentos de lo que se cree una vida feliz estable. La vida es más bien inestable e insegura, como lo demuestra el dolor de cada día, la enfermedad, la vejez, la muerte...; enfermedad y muerte incluso en la niñez y juventud, cuando se rebosa vida y energía.

Muchos proyectos y sueños de futuro, muchas aspiraciones, a veces desmedidas, muchos apegos y querencias que nos atan y creemos duraderos -cuando no lo son-, están manifestando que no tenemos un concepto acertado de la vida, capaz de dar **sentido auténtico** a la existencia. Más aún, están demostrando que **la interpretamos mal**, y que,

a menudo, vivimos inconscientes, sumidos en la ceguera y el error. Así -concluía Gautama- andamos por la vida “como ciegos sin guía”, desorientados, mal encaminados, llenos de deseos y aspiraciones incontrolados, sin fundamento real, que sólo sirven para autosugestionarnos y desarrollar tensiones y frustración.

Con frecuencia esos deseos y aspiraciones, desmesurados e incontrolados, nos crean además **adiciones** que nos tienen sometidos, que refuerzan esa ceguera, de la que en muchos casos nos somos ya conscientes.

Por eso recaemos tantas veces en los mismos errores -que muchas veces valoramos como aciertos, como éxitos-; por eso tantas ansiedades y angustias, por eso nos creamos necesidades falsas o con poco sentido, que nos desvían del verdadero camino de la verdad. Así no es posible liberarnos del dolor, físico y/o espiritual, y vivir en un estado de paz interior estable, gratificante.

Si el hombre quiere librarse del sufrimiento y vivir en paz, debe apoyarse en bases más sólidas, y para ello debe esforzarse por descubrir el sentido profundo de la existencia y las causas del dolor, muchas de ellas evitables.

Observador, reflexivo y con tendencia a la introversión y al análisis profundo de la psique humana, Buda constata que el sufrimiento humano se halla tan extendido que ni una vida privilegiada en palacio es capaz de librarse de él. Las circunstancias de la vida son muy volubles y la misma existencia es muy frágil.

Los ricos quieren disfrutar de la vida con su poder y sus lujos, pero con frecuencia no lo consiguen, porque la ambición y el deseo de asegurar y ampliar ese poder les genera preocupaciones excesivas, ansiedades y miedos. Aparte de que la ambición desmedida también es causa de sufrimiento en otros...

En suma, Buda llegó a la conclusión de que **la causa principal** y la raíz de **todos** los males, inserta en nuestra intimidad, es la **codicia** -una especie de pecado original-. Codicia que además genera **adición**. Los deseos humanos, inspirados y reforzados por el espejismo de lo sensible y de la pasión de esa codicia, no tienen límites, son insaciables, **ciegan**, no permiten ver a fondo la realidad, tan frágil e inestable, tanto que a veces se convierte en puro espejismo.

Por eso muchos, que fomentan esos deseos desmedidos, no toman conciencia de que entran en **contradicción** con el ser limitado, dependiente y caduco que es el hombre. Lo que llamamos realidad, e incluso lo que llamamos yo -o ego-, son más apariencia sensible o sugestión que realidad consistente. Nuestro error consiste en la confusión de lo aparente o superficial con lo verdaderamente real. La apariencia de lo sensible nos desorienta y nos conduce a vivir de esas apariencias, que son pura vacuidad sin consistencia, y que además acaban generando dolor o frustración.

Por tanto -insiste Gautama- no te equivoques, no mires fuera, mira dentro de ti, porque dentro de ti se encuentra la fuente que genera sufrimiento, y también la que alumbra, ilumina y da paz estable, consistente, que crea bienestar. Si la codicia es la causa de **todos** los males y sufrimientos, hay que ponerle coto; más, hay que aniquilarla. Para controlar

ese afán desmedido de aspirar, de figurar, de poseer o dominar, es preciso eliminar todo deseo. No aspire a nada, y así te liberarás del sufrimiento y te inundará la paz. Así nada te turbará.

Para ello, propone esta terapia -ascesis-: Controla tu intimidad de modo que nada pasajero -comenzando por los sentimientos y aspiraciones- te desvíe del camino recto. Para sentirte bien, sólo la paz interior basta. Sitúate, pues, por encima de las cosas, no permitas que nada te quite la paz. Así te sentirás libre, sin ataduras; así no aspirarás a vivir de inconsistencias o falsedades; así te elevarás a un estado más perfecto, en el que verás la luz.

Si quieres alcanzar un mayor grado de perfección en este proceso liberador, **aíslate** del bullicio que contamina. Así podrás lograr el estado de relajación, de iluminación y de purificación más perfecto -el nirvana-, que te hará inmune al dolor, y en él alcanzarás la paz duradera. (Aquí se encuentra el inicio de vida retirada, monástica.)

Ésta es, a mi entender, la ética, la ascética y la psicoterapia purificadora, liberadora, evasiva y nihilista, que, a juicio de Gautama, hará surgir un hombre nuevo, inmune ante el sufrimiento, capaz de vivir en paz y de ser más feliz, menos apegado a la apariencia de lo caduco y, por ello, más espiritual. Capaz de convivir en más armonía y bienestar íntimo. No olvidar que la paz es ante todo armonía y bienestar espiritual, no sólo ausencia de espadas.

Como vemos, Gautama tiene vocación de psicoterapeuta, cuyo fin es primero liberar del dolor psíquico personal, y después establecer unos principios que mejoren la convivencia humana. Pretende una transformación personal, aniquilando todo deseo o apetencia perturbadora -si es necesario aislándose-, a fin de alcanzar ese estado de perfección, que serena e inmuniza ante el dolor, hasta el punto de que nada le turbe. Las cosas de aquí, por las que tanto nos afanamos, no merecen la pena, con frecuencia son meros espejismos...

En este caso, si procuras tener una visión correcta de ti y de la vida, disfrutarás de la verdad y procederás correctamente con los demás, con sabiduría y **compasión**, tanto de palabra como con tu conducta, pues tu alma estará limpia. Cuando te hablo de alma -enseña Buda- no la confundas con ese ego ciego que se autoencumbra, pues éste no es más que pura vacuidad, sólo mera apariencia, proyección de una interpretación falsa.

Por lo demás, no te olvides de que la muerte es la muerte de la carne. Por eso te insisto en que la muerte tampoco te perturbe. Tú aspira a superar este mundo inestable y muy ficticio, aspira a identificarte con la divinidad, con lo Absoluto, de modo que te pierdas -¿disuevas, identifiqués?- en/con él.

Estas palabras -perderse, disolverse- ¿cómo entenderlas? ¿Como una desaparición en lo Absoluto, que nos acoge y disuelve en un océano inmenso -panteísmo-, o como un cierto agnosticismo, en el que cabe una sombra de fe y de esperanza personal en un Absoluto? Los budistas rezan a un Buda divinizado..., en el que creen.

En este caso, ¿cómo entender ese yo-ego, si sólo es pura apariencia sin contenido, sin entidad, sin libertad real, puro espejismo que se disuelve...?

Antes de terminar con este tema, unas preguntas y reflexiones casi inevitables:

-¿Esa evasión tan radical de la realidad ha contribuido a que Buda se interesara poco por la transformación social? ¿Por eso la pasividad social del budismo? ¿Buda insiste en el desapego total íntimo -nada domine tu corazón, a fin de que nada te turbe-, como una forma de evasión nihilista? ¿En el fondo, a esto se reduce el nirvana?

Hoy algunos autores defienden que Buda no se evadió tanto de la realidad, hasta el extremo de olvidarla. Algunos textos, como cuando concibe la codicia como la causa principal de los males, y propone eliminarla del interior de cada uno, están sugiriendo un principio implícito de cambio y de mejora de la realidad social, no sólo de liberación individual. Más aún, ese señalamiento de la codicia, como causa de todos los males, ¿no es una gran lección, muy pertinente, que apunta en primer lugar al mismo neoliberalismo actual, creado precisamente por la codicia sin control?

-Por otra parte, ¿no habrá que revisar ese concepto del yo como pura vacuidad? ¿No habrá que entenderlo como referido al ego vacío, necio, que sólo procura endiosarse -cuando no es más que pura proyección del egocentrismo desnortado-, y no al yo que se autoafirma como sujeto de atribución responsable?

-Esa insistencia en nuestra ceguera y en que **no sabemos interpretar la vida**, en que nos dejamos seducir por la apariencia sensible -puro espejismo, con frecuencia-, en que andamos por la vida como ciegos sin guía -por eso tantos errores, atrocidades y sufrimientos-, es de tanta actualidad, que debía hacernos reflexionar con más lucidez, más allá de las apariencias sensibles que tanto seducen y adormecen, pese a lo mudables que muchas veces son.

-Como vemos, la ascesis-terapia budista es muy radical: Elimina incluso sentimientos y afectos legítimos, a fin de protegerse ante el dolor. El estado ideal íntimo es el desprendimiento absoluto: que nada te turbe, aspira a la impassibilidad... Evádate de esta realidad insegura, no la sobrevalores, incluso aniquila ese espejismo de un yo que se autoencumbra neciamente, insiste Gautama; al parecer sin reparar en que **el que decide** aniquilar deseos y procurar que nada le turbe es justamente ese yo consciente y con un grado de autonomía, capaz de decidirlo así. (Cuando un milenio más tarde Descartes revisó los fundamentos de la filosofía, afinó más en la conciencia-pensamiento y en el concepto del Yo, valorándolo como algo básico, real e incuestionable, como punto de partida para el entendimiento de la verdad.)

Aunque a veces se observan algunos puntos de aproximación y de encuentro con la espiritualidad cristiana -ascesis íntima de desprendimiento, de control de deseos y aspiraciones, eliminación de egoísmos, de la ambición y de la codicia, relaciones positivas con todos, tanto en palabras como en conducta etc.-, Jesús de Nazaret fue más positivo -y realista- ante la vida: valoraba mucho la persona humana, libre, autónoma;

enseñaba el desprendimiento íntimo, necesario, que conduce a la libertad interior, pero no se evadía de la realidad, incluso admitía la cruz de cada día, llevada con dignidad y fortaleza. Jesús reconoce que la realidad es muchas veces dolorosa e injusta, pero no la rehúye: Intenta transformarla -comenzando por el interior de uno mismo: egoísmos, apegos, ambiciones...-, mediante un cambio de valores, mediante el compromiso y el testimonio personal, **en libertad, sin evasiones**, como veremos.

En cualquier caso, aún siendo incompleto y a veces cuestionable, Buda manifiesta un sentido profundo de la existencia. Muy lejos de interpretaciones superficiales o frívolas.

--**Confucio**. Confucio tiene más vocación de transformador social que Buda. De hecho participó algún tiempo como asesor en la gobernabilidad política.

Fue un hombre culto, humilde, bueno, austero, ponderado, complaciente, desprendido, aunque parece que en su vida familiar, como más tarde en Sócrates, no se produjo un encuentro profundo. En su interior llevaba siempre una preocupación prioritaria: Educar y liberar al pueblo chino del caos moral y político reinante en su tiempo.

Y para ello, con su doctrina -tal como la transmitieron sus discípulos siglos después de su muerte- sentó las bases de un nuevo orden social, fundado en las **leyes**, firmes e inmutables, **de la naturaleza**, del universo, del que el ser humano forma parte.

De ahí que se dedicara a enseñar, con sentido práctico y con realismo, lo que puede llamarse una **filosofía humanista**, que aborda las cuestiones diarias de la convivencia humana. Le interesaba que las relaciones humanas fueran positivas, guiadas por un sentido ético de respeto mutuo. Creía en la bondad natural del hombre -como después Rousseau-, que aparecería claramente con una educación adecuada. Así mejoraría la convivencia social.

Por eso, en su doctrina se advierte una **preocupación por la educación y por el desarrollo de una conducta ética**. Ética que para Confucio consistía en un comportamiento respetuoso, moderado, diligente, bondadoso, lejos de posturas extremistas; fruto de un esfuerzo de autocontrol y de madurez humana, que busca el “áureo medio” en su comportamiento, según decía. Las posturas extremistas, aunque estén inicialmente impulsadas por buenos deseos, conducen al exceso y a la injusticia. En estos principios debían formarse en primer lugar los gobernantes.

Por lo mismo, la virtud es espíritu de moderación, que impide el abuso y genera armonía y paz. Paz que acaba siendo perfecta si es también fruto de armonía y maduración interior, que permite discernir y actuar con claridad de conceptos y con prudencia inteligente.

El mal moral se debe y es, en el fondo, **un error de juicio**, de valoración equivocada, que se produce ante la desinformación o cuando la pasión, no controlada, se impone a la razón. Confucio sostiene que la ética -respeto, bondad, prudencia inteligente, moderación en la toma de decisiones...- es la base del desarrollo humano y social.

A esto es a lo que aspira el **sabio**: a la **perfección ética**. En cambio, la gente superficial se contentará con sólo el bienestar físico personal, individual, material, sin más horizontes... Por eso Confucio manifestaba: “Compro arroz para comer, pero quiero una flor para tener algo por qué vivir”. Una flor, es decir, un ideal... Algo que supere la materia.

En síntesis, las tres virtudes más fundamentales para Confucio son:

-**La prudencia** del entendimiento y de la acción.

-**La bondad**, el amor a todos los hombres, menos al enemigo y al malhechor, aunque también aconseja: “Sé como el sándalo, que perfuma el hacha que le hiere”. En este aspecto, parece que oscila entre el ojo por ojo, en unos casos, y devolver bien por mal, en otros.

-**La fortaleza** de ánimo, que persiste, que persevera en el logro de los objetivos.

En suma, el comportamiento virtuoso consiste en actuar con justicia, sin prejuicios que ciegan, sin egoísmo, sin obstinación, con mansedumbre. Actuar moderadamente es un principio necesario para la convivencia, sobre todo si se trata de gobernantes. “Gobernar bien es mantenerse en el camino correcto”, que es actuar con prudencia y moderación,

Así pues, la esencia de la ética de Confucio es una actitud humanitaria, bondadosa con (casi) todos, justa, prudente, razonable. El principio: “Respetar y tratar al prójimo como quisieras ser tratado”, resume bien su doctrina.

Por lo demás, en su enseñanza no se percibe con claridad un sentido trascendente de la vida humana, aunque tampoco lo niega. Confucio habla de mandatos del cielo, pero se comporta más bien como un agnóstico. No entra propiamente en un sentido trascendente de la vida. Con una educación adecuada, el hombre es capaz de elaborar una ética humanizadora por sí mismo. El verdadero “caballero” es el que vive con ética, el que tiene en cuenta y respeta a los demás.

Aquí se encuentra un gran avance en el concepto y desarrollo de la ética. Ética que precisará algo más, a nivel teórico, la cultura griega, como vamos a ver.

D) **En la Grecia clásica** -mejor dicho, en el mundo helénico-, preocupó mucho -teóricamente al menos- el tema ético. Sócrates, Aristóteles, los cínicos a su manera, los estoicos, lo consideraban algo fundamental en la convivencia humana. La actitud ética debía ser un principio de conducta habitual en las relaciones humanas, sostenían.

Los principios fundamentales -globalmente considerados- de este pensamiento ético creo que podrían resumirse así:

-**La ética** -principios de comportamiento honrado y justo- es **necesaria** en las relaciones humanas, en la convivencia.

-Ética que debe ser **creíble**, y para ello ha de apoyarse en bases sólidas, consistentes, no en apariencias o en generalidades. Por lo que ha de fundarse en la naturaleza humana **racional**. (Éste es un matiz importante que lo diferencia de Confucio.) El orden natural

no basta. El hombre racional, si actúa como tal, de un modo razonable y con justicia, buscará el bien y evitará el mal.

-Pero esa ética debe referirse al ser humano de modo **integral**: materia biológica -necesidades del cuerpo-, y espíritu -necesidades espirituales: conocimiento, respeto, bondad, justicia, prudencia...-.

Dentro de esta atención integral, en caso de confrontación o conflicto, debe prevalecer el espíritu. (Aquí se apunta un principio básico de la ética: la jerarquía de valores.)

Para ello, es necesaria la capacidad de control y de ascesis personal. Así será posible comportarse con uno mismo y con los demás de un modo justo y razonable.

-En otras palabras, primero preocúpate de ti y desarrolla los aspectos más humanos de ti mismo, a fin de que después seas capaz de **ocuparte de los otros** en condiciones adecuadas, sin egoísmos excesivos. “El bien que desees para ti, deséalo también a los demás”, decían.

-Así pues, lo importante no es hablar de ética, sino “vivir éticamente”, con sencillez y sobriedad, sin excesos, sin dejarse llevar por las presiones o las pasiones.

En este sentido algunos advertían: Atención a las **costumbres**, analizadlas bien, pues “las costumbres pueden ser muchas veces la moneda falsa de la moralidad”. Lo importante no es aparentar, sino ser. Porque quien vive de verdad éticamente, en su intimidad es más feliz. Y éste es el objetivo más profundo que perseguimos en la vida.

Por eso Sócrates insistía: Sé bueno -sé justo, sé honrado, haz el bien- y serás feliz. La sede de la auténtica felicidad se encuentra en la bondad interior... A lo que podría añadirse: Sé bueno y crearás felicidad en tu entorno. Sé de verdad una persona con ética y construirás positivamente.

-Como vemos, la ética griega -y también el estoicismo romano- se funda en la naturaleza humana **racional**; a partir de la cual se elaboró un sistema de comportamiento ético -con **la justicia como primera virtud** (?)-, aunque en la práctica ese comportamiento también fuera **selectivo y excluyente**.

No obstante, esta reflexión ética en torno a los fundamentos del comportamiento humano supuso un gran avance teórico. Aunque, como no tenían claro el concepto de **persona** -sujeto de derechos y deberes, y valor prácticamente absoluto-, no les resultó fácil establecer una **jerarquía de valores**, bien definida, que colocase al hombre, a **toda persona humana**, como valor supremo; y por lo mismo no fue capaz de concebir con claridad una sociedad más igualitaria, sin privilegios, sin abusos, sin exclusiones.

En la ética clásica grecorromana se percibe un claro **elitismo**: No todos los hombres eran iguales ni tenían los mismos derechos. Esa ética teórica aún no estaba suficientemente humanizada.

Pero, no obstante, dieron un gran paso en la necesidad de establecer un código ético -no sólo jurídico- en las relaciones humanas y en la misma organización social. Las normas jurídicas y sociales, para ser aceptables, deben apoyarse sobre valores éticos, que

representan valores humanos. Como sostenían algunos, la sociedad debe estar organizada para el hombre y en función del hombre. Por eso una sociedad oligárquica no es ética. En este contexto se entiende que **los cínicos** clamaran contra el sistema selectivo, excluyente y oligárquico de aquella sociedad, por inmoral.

Resumiendo: Tanto en Buda y en Confucio como en Sócrates y en los estoicos se encuentra, de una u otra forma, un principio ético universal: “Trata a los demás como quisieras ser tratado”. Principio que Jesús de Nazaret respaldará expresamente. (Mt. 7, 12) Aunque también dio pasos, totalmente nuevos... Por eso cabe decir que cuando Marco Aurelio (s. II) aconsejaba el **amor a los adversarios** no estaba lejos del Reino, que por aquel tiempo ya se anunciaba en Roma. (¿Acaso asumió este principio de los cristianos?)

De ahí -me parece- que, en cuanto proclamadores de un cambio ético y social, también Buda, Confucio, Sócrates..., fueron precursores de Jesús de Nazaret. No sólo Juan Bautista.

Veamos a continuación, con más detalle, la ética y la conducta ética de **Israel**, de modo que nos permita, junto a lo ya expresado, apreciar y valorar adecuadamente el mensaje innovador ético, religioso y social, de Jesús de Nazaret.

E) El pueblo hebreo ¿qué tipo de ética desarrolló? Teóricamente **la Ley** superaba, en algunos aspectos, la ética asiática y la grecorromana, aunque la práctica bíblica estaba lejos de ser coherente. En el A. T. la Ley contenía un código ético elevado, concreto y práctico. Ordenaba el respeto a las personas: Respetar y ayudar a los padres, a los necesitados, a los esclavos -que debían ser liberados cada seis años-, así como respetar la vida, la mujer, los bienes y el buen nombre del prójimo. No se debía mentir ni difamar en las relaciones humanas.

Sin embargo, esa ética también excluía y deseaba el mal a enemigos y pecadores. (Ver salmos 53, 54, 55, 59, 109) Aquí se encuentra uno de sus límites morales.

La Ley es clara en los dos preceptos básicos: Amar a Dios y respetar al prójimo, pero los israelitas en la práctica reinterpretaban o descuidaban con frecuencia el segundo precepto: respetar al prójimo, **sin discriminaciones**.

En los profetas se advierte a menudo la denuncia que hacían de este “descuido” o no observancia, así como de los abusos sobre el prójimo.

En suma, el pueblo hebreo osciló de hecho entre el respeto, el abuso y la venganza. Sus leyes y normas fueron progresivamente humanizándose y teniendo al hombre como un eje bastante central en su ética, aunque sin superar en su enseñanza y en la práctica el ojo por ojo y la discriminación social.

Por otra parte, aunque para los hebreos la primera norma de conducta ética era la Ley, pronto añadieron **la tradición**, también como norma de conducta. Tradición que con el tiempo se había sacralizado casi tanto como la Ley, y ésta en algunos temas había sido reinterpretada a la baja -devaluada-, siguiendo la letra más que el espíritu de la misma Ley. Así algunos pasajes bíblicos que describen la historia de Israel no encajan con el espíritu de los mandamientos de Yavé, o caen en la interpretación -¿en el fondo etnocéntrica?- de que el infiel, idólatra, no merece respeto...

Naturalmente, este proceder condujo gradualmente a **desviaciones** notorias y a **contradicciones** manifiestas., al legalismo. Además su etnicismo cerrado acabó convirtiéndose en un nacionalismo excluyente. Veamos:

-**La tradición**, oral o escrita, sobrevalorada, sometía al hombre a normas o intereses humanos contrarios a la Ley. El mandamiento de no matar, por ejemplo, en el V. T. no se respetaba o aplicaba tras las conquistas, ni ante una mujer caída en adulterio. (Ver Jos. 6, 21; 10, 38 ss.; Sam. 15, 1-3; Sal. 106 y 137)

En tiempo de Jesús, como vimos, los samaritanos eran declarados “impuros” y rechazados por haberse mezclado con pueblos gentiles, tanto que si los judíos querían despreciar a alguien le llamaban samaritano, como hicieron con Jesús. (Jn. 8, 48)

El reposo bíblico del sábado, interpretado a la letra, era más importante que el hombre mismo; lo que representaba una grave distorsión e infidelidad al espíritu de la Ley.

De esta manera, algunos preceptos de la Torá se descuidaban, y en su lugar se imponían tradiciones y preceptos humanos, como si fueran normas sagradas. (Mt. 15, 3 y 9)

-**Como consecuencia** de vivir apegados a la letra se mataba el auténtico espíritu, lo cual derivaba hacia actitudes o conductas rígidas, intransigentes, que fomentaban el integrismo fundamentalista y fanático, rigorista y casuístico. (Mt. 12, 1-2 y 23, 16 ss.)

Ese fanatismo **literalista**, obcecado, se convirtió en criterio para discernir entre el bien y el mal, entre una conducta éticamente buena o mala; se convirtió en criterio para descalificar moralmente a una persona. “Este hombre no viene de Dios, porque no respeta el sábado”. (Jn. 9, 16)

Más aún, esa interpretación literal, rígida y ciega, había estructurado tanto su mente - y deformado su conciencia moral-, que les llevó a decir de Jesús: “**Nos consta** que es un pecador”. (Jn. 9, 24) Así, nos consta..., simplemente porque no respetaba tradiciones poco coherentes. El bien y el mal lo determinaba y definía su tradición literalista e integrista. Y lo peor: No eran ya muy conscientes de esas desviaciones morales y doctrinales.

Ese integrismo fanático, que controlaba detalles mínimos -a veces ridículos- de la vida humana, como no pisar el pretorio para no mancharse (Jn. 18, 28), descuidaba valores o principios esenciales, que debían constituir la base de una conducta ética.

Así, **las normas externas** -la apariencia- se imponían frecuentemente como criterio de buen cumplidor de la Ley, sobre todo entre la clase alta y los dirigentes religiosos. Normas

casuísticas y detalles externos, que a veces constituían una verdadera carga pesada para el pueblo. (Véase Mt. 23, 4-6 y Lc. 11, 46)

La rigidez en el cumplimiento del sábado, los ritos exagerados de purificación, la separación de personas y lugares -incluso en el culto-, el rigor en los criterios sobre los alimentos, la marginación de la mujer, la marginación de los pecadores -pecadores porque incumplían esas normas-, la exclusión por motivos étnicos, etc. etc., son una muestra de ese integrismo rigorista y a veces fanático, que conducía a honrar a Dios “con los labios”, con conductas y ritos sujetos a la letra, lejos del espíritu, sin corazón.

Así aparecían como normas sagradas lo que no era más que preceptos humanos. En este contexto se entienden bien las palabras críticas de Jesús, que se transmiten en Mt. 15, 9 y Mc. 7, 1-8: Descuidan los mandatos de Dios y mantienen la tradición de los hombres.

Por supuesto, en Israel había creyentes fieles y cumplidores auténticos de la Ley, sobre todo entre el pueblo sencillo. El “raza de víboras” de Mt. 12, 34 (¿palabras del Bautista, puestas en boca de Jesús?) (Lc. 3, 7), iba más bien contra los dirigentes, que imponían cargas y cumplían poco, desorientando así la buena fe del pueblo, que vivía como ovejas sin pastor, como lamentó el mismo Señor. (Mt. 9, 36) (¿No pueden aplicarse algunas palabras, como éstas, a tiempos posteriores, ya dentro de la Iglesia: la Edad Media más tardía, por ejemplo?)

Por ello, Jesús llegó a decir: “Se ha endurecido el corazón de esta gente”. (Mt.

13, 15) Y endurecimiento de corazón, ¿no equivale a pérdida de sensibilidad, de capacidad de discriminación y por ello también de sentido ético? ¿No equivale a pérdida de espíritu, sustituido por rigorismo aparente, intransigente y fanático?

Otra consecuencia contradictoria de sobrevalorar la tradición y la letra, es también la postura opuesta al integrismo fanático, es decir, **la laxitud** ante los preceptos más importantes de la Ley, cuando éstos afectan a quienes dirigen y pueden permitirse suavizarlos, dictando preceptos humanos, como si fueran normas sagradas incuestionables.

Por ejemplo, el divorcio en las condiciones que ya vimos; el recurso al templo para liberarse de ayudar a los padres necesitados, -¡aquí está el corazón endurecido!-. (Mt. 15, 4-9); por ejemplo, aborrece, no perdones al que te hace mal -ojo por ojo-; sé amigo de tus amigos y enemigo de tus enemigos...

En esta interpretación laxa de la Ley, lo importante no es la fe profunda ni la vida sincera, sino el cumplimiento de los ritos, el seguimiento de la letra, el dar la impresión de ser un buen cumplidor de la Ley...

Así la conciencia ética acaba adaptándose, no será capaz de discernir adecuadamente... Y entonces termina justificando lo que objetivamente es una desviación o una manifiesta contradicción.

Por eso en la ética de la clase dirigente del tiempo de Jesús, lo importante no era el espíritu de la Ley, sino figurar y vivir de apariencias piadosas; ser reconocido por la fidelidad a la letra..., muchas veces interpretada laxamente. (Ver Mt., cap. 23). (Esta conducta integrista, rígida y con privilegios, se observa en algunos grupos religiosos del Israel de hoy, que tratan de imponer normas rigurosas a todo el pueblo, y al tiempo mantener privilegios, como la exención del servicio militar, por ejemplo. De nuevo el sábado...)

Esto lo vio claro Jesús de Nazaret cuando dijo a los dirigentes que colaban mosquitos y tragaban camellos. (Mt. 23, 24) ¿En el fondo, esta postura integrista, y a la vez laxa, no manifiesta y sugiere además poca fe, fe de corto horizonte, sin sentido de trascendencia? ¿Acaso por eso insistió: Alejaos de la levadura -enseñanza, doctrina, testimonio- de los fariseos y saduceos? (Mt. 16, 11-12)

Estas consecuencias o desviaciones -rigidez, privilegios y laxitud-, tan frecuentes en aquel mundo sociopolítico y religioso, merecen una reflexión más profunda, que se adentre en terrenos psicológicos:

¿Por qué ocurren esas desviaciones revestidas de bien y cuasi-sacralizadas? ¿No será porque, entre otros factores, el ser humano no tolera la disonancia -moral o racional-, y para no verse en evidencia recurre, muchas veces a nivel inconsciente o casi, al mecanismo de defensa de la **racionalización** justificadora, pese al riesgo de caer en la hipocresía?

Esa necesidad de protegerse de la incoherencia o disonancia interna conduce con el tiempo a desarrollar un **punto ciego**, que ya no advierte con claridad las disonancias o contradicciones en las que uno puede hallarse instalado. Quien vive en la disonancia interna puede llegar a no percibirla con claridad, y mediante la racionalización, ya medio inconsciente, puede incluso creerse en posesión de la verdad, hasta el punto de perseguir o condenar, creyendo hacer un bien, como advirtió el mismo Señor. (Jn. 16, 2-3)

La hipocresía racionalizada puede conducir a la ceguera, y en este caso la mente, por su gran plasticidad, se conforma, se deja modelar, al mismo tiempo que se cierra con rigidez y se blindada.

En estas circunstancias, el diálogo, el respeto, el encuentro en la diferencia, resultan muy difíciles. Es muy arduo ver, reconocer y renunciar a la máscara protectora, encubridora, del **integrismo fanático**, hipócrita, pues (nos) dejaría en la inseguridad, en la desprotección y en la pérdida de imagen grupal o social, que en estos casos tanto se busca.

En estas circunstancias, hablar de **ética auténtica** es una tarea casi imposible, porque la inautenticidad es su estilo de vida, y el rasgo quizá más característico de doble personalidad (no necesariamente patológica). ¿Rasgo, por otra parte, -me pregunto- a veces con un fondo de predisposición congénita?

Más concretamente, ¿en la misma estructura de la personalidad integrista y fanática hay rasgos congénitos -no aprendidos propiamente-, que predisponen a la intransigencia y al extremismo? (Comprendo, pero no me convence la postura que lo reduce todo, o casi todo, a mero aprendizaje social.)

A veces -no siempre- se puede negar a Dios o deformarlo, no para negarlo propiamente, sino para protegerse del desprestigio que generan las incoherencias propias o para justificar las propias debilidades. Se puede negar a Dios, para dar más coherencia a la propia vida, para protegerse psicológicamente, y en algunos medios también socialmente, e incluso “científicamente”. (También cabe la postura contraria: Recurrir a Dios como mecanismo meramente protector, como relajante...)

Pues bien, si los dirigentes de un grupo o de un pueblo tienen esas características de rigidez o laxitud incoherentes, el encuentro, la empatía, la visión ética compartida, altruista, auténtica, es casi imposible. Así ocurría en la sociedad dirigente israelita en tiempo de Jesús de Nazaret.

Retornando al tema de este capítulo, ¿qué se halla en el fondo de la confrontación entre las altas jerarquías religiosas hebreas y Jesús de Nazaret? ¿Por qué Jesús dijo en la misma cruz: Perdónalos porque no saben lo que hacen? No saben lo que hacen, porque como dijo en otra ocasión ya no son capaces de discernir adecuadamente.

La desgracia es que gente así, incapaz de discernir bien el espíritu del Reino y de servir, aspire al mando, y transforme -deforme- el servicio religioso o social en ejercicio de poder intransigente, cuando no absoluto. Y para eso, si es necesario, se sacraliza el poder, a fin de asegurarlo mejor, y de encumbrar el ego.

Así es cómo se degradan los valores éticos..., y la autenticidad de vida y la misma autoridad. Veamos esto con un poco más de detalle:

2.3. Creencias, valores, tradiciones y costumbres religiosas en Israel

A) **Creencias y valores:** La imagen de Dios, que con frecuencia se transmitía en época del V. T. -imagen vigente en gran medida en tiempo de Jesús-, era una imagen antropomórfica y ambivalente.

El concepto de Dios se había ido purificando en la Biblia con el tiempo, es verdad; pero todavía se transmitía y enseñaba una idea de Dios demasiado hecho **a imagen del hombre**, y por ello inmaduro, incorrecto. Porque no se había entendido bien a Dios ni el valor del hombre, se inferiorizaban ambos, aunque quien salía teóricamente peor parado -diríamos, hablando a lo humano- era Yavé, el Señor... En este caso, Dios quedó antropomorfizado, con las correspondientes limitaciones y deformaciones de su imagen.

Esto no debe sorprendernos: Las sociedades egipcia, griega y romana tenían un concepto de la Divinidad mucho más antropomorfizado. En este sentido, Israel afinó más, pese a todo. Su monoteísmo incuestionable es un dato claro.

Pues bien, la explicación de ese concepto inmaduro de lo Divino se encuentra en el hecho de que a nosotros, en nuestra situación encarnada, material y evolutiva, nos resulta muy difícil entender bien a Dios, puesto que trasciende nuestra naturaleza y materia, tan limitadas. Dios se halla en otra dimensión, espiritual, inmaterial, de muy difícil acceso a nuestra mente, limitada por su situación encarnada.

Por eso no es extraño que al hablar de Él recurramos a analogías, a algo de aquí que se le pueda parecer, con el riesgo de presentarlo -aún hoy- con una imagen deformada, muchas veces inaceptable. Aquella sociedad antigua, mucho más inmadura todavía que la nuestra de hoy, no era capaz de concebir a Dios sin antropomorfizarlo, sin deformarlo. Lo concebía de una forma rupestre, elemental, tribal, sin pulir, sin finura... Como ocurría con los utensilios rústicos que manejaba. Su desarrollo mental y social no le permitían más...

Cuando nosotros hoy cuestionamos la revelación por esos antropomorfismos e incoherencias inaceptables, que se constatan en el V. T., manifestamos que no entendemos o que no tenemos en cuenta la realidad evolutiva del ser humano, en maduración progresiva, con poca capacidad para explicar lo inmediato sensible, y mucho, mucho menos para imaginar lo Divino... Si olvidamos esto, aplicaremos nuestras categorías cognitivas actuales a las categorías más inmaduras de tiempos pretéritos..., y las enfocaremos mal, descalificándolas sin matiz alguno. En este sentido, es necesario comprender cada situación, cada etapa de nuestro desarrollo, para poder entender, para no deformar demasiado, para no precipitarnos en nuestros juicios, y ser conscientes -también hoy- de que nuestras limitaciones no nos permiten afinar más. Reitero: Cuando hablamos de Dios, lo concebimos y describimos **a imagen del hombre**. Por eso lo deformamos tanto.

Esto lo captó y expresó muy bien Teresa de Ávila, cuando al intentar hablar de lo Divino, de sus experiencias de Dios, dijo en *Las Moradas*: “Riéndome estoy de tales comparaciones, que no me contentan”. Si nuestro lenguaje, en materia humana, es muchas veces ambiguo y no siempre refleja adecuadamente lo que queremos expresar, ¿qué ocurrirá cuando entramos en un tema que nos trasciende? Riéndome estoy..., es muchas veces lo que honestamente se puede decir cuando hablamos de Dios.

Esto es muy importante tenerlo en cuenta para ser capaces de entender algo mejor la Biblia, y así poder discernir en qué consiste **sustancialmente** la revelación, como veremos más adelante. **Sin entender bien y tener muy presente el proceso evolutivo de la Creación y del Hombre -proceso en fase de maduración- me parece muy “lógica” la deriva hacia ciertos ateísmos**. Porque esa “lógica” no profundiza, se queda en lo fenoménico, en lo meramente funcional, en lo antropomórfico inevitable.

Que aquella sociedad de Israel no era capaz de entender bien a Dios, nos lo demuestra de nuevo la predicación de Juan Bautista, que transmitía un concepto de Dios duro,

concepto que Jesús no compartía, porque representaba una imagen deformada, falsa, de Dios. (Aunque estuviera de acuerdo con él en la necesidad de la conversión... Conversión que para Jesús significaba también hacernos una mejor imagen de Dios, de Dios Padre.)

En efecto, entre el alto clero y entre muchos maestros de la Ley, la imagen de Dios no sólo se hallaba deformada, sino que además su fe era una **fe intrascendente**, casi en el sentido literal del término. Creían en Dios, Señor supremo; pero no en una vida eterna después de la muerte personal. Su Dios era un Dios protector en este mundo, en esta vida terrena, no más.

Por lo mismo, lo que procedía era cumplir la Ley, dada por Él. Y con la Ley también las tradiciones, que interpretaban la Ley a la letra, sin preocuparse tanto por el espíritu... ¿Para qué más con una fe intrascendente? Bastaba con ser fieles a la Ley, a las tradiciones y costumbres religiosas, a los ritos y a las fiestas de culto... Para muchos bastaba con no provocar o irritar demasiado al amo...

Por eso, compaginaban a Dios con el reino del poder y del dinero de este mundo. Éste -poder y dinero- era el testimonio de que Dios estaba contigo -con ellos-, y que los bendecía, sin pensar que, en el fondo, estaban utilizando a Dios con fines e intereses terrenos, y descuidando la transformación personal interior. De ahí que cayeran en la relajación religiosa y en la superficialidad del culto.

A Dios -mal entendido- se le aplacaba con cultos rituales y con sacrificios de animales en las fiestas, siempre fieles a la letra de la Ley y a las tradiciones, que frecuentemente quebrantaban su espíritu. Y degradaban a Dios.

Para la clase alta sacerdotal la oración y la limosna también tenían esa función, no tanto la transformación interior y la identificación fraterna con el prójimo necesitado.

Sin embargo, no todos compartían esa visión saducea. Entre los fariseos, que sí creían en la inmortalidad -creencia que se fue compartiendo más claramente a partir del siglo II a. C.-, se vivía un movimiento religioso algo más espiritual, más comprometido, pero selectivo, excluyente y también sometido a la letra de la Ley, a las tradiciones y costumbres, para ellos incuestionables.

Los fariseos admitían la inmortalidad personal, creían en un más allá; pero frecuentemente su espiritualidad se quedaba en el más acá, es decir, en fórmulas externas, en apariencias. Admitían la trascendencia, sí; pero en general no trascendían en su espiritualidad ni en los valores más auténticos.

La Ley y las tradiciones eran más importantes que el hombre, de modo que ser fiel a Dios equivalía a ser fiel también a las tradiciones religiosas, aunque contradijeran el espíritu de la Ley. Por eso, el hombre era menos valorado que las normas. Por eso la espiritualidad de los fariseos -no digo ya nada de los saduceos-, era en muchos casos poco auténtica.

En efecto, para muchos -no todos- la espiritualidad y la vida religiosa personal consistía en primer lugar en el sometimiento y fidelidad a las normas, al cumplimiento externo de las tradiciones. La vida espiritual interior, que implicaba transformación y mejora

personal sincera, para muchos dirigentes, escribas y fariseos, era menos importante, como puede verse en Mt. 23.

Por eso, el pueblo, en general, se hallaba mal orientado: cumplía la Ley, pero no asimilaba bien su espíritu. Sólo una minoría vivía más comprometida, con una espiritualidad más profunda y coherente, aunque también demasiado dependiente de la letra de la Ley y de las tradiciones, como se observa incluso en algunas conductas de los mismos apóstoles; cosa que veremos más adelante.

Por todo ello se entiende que los judíos tuvieran un concepto de los Libros sagrados como **palabra literal de Dios**, y por tanto incuestionables, inobjetable. Concepto que Jesús revisará más de una vez, como también veremos.

Lo que lleva a plantearnos en qué consiste realmente la Revelación. Y también nos sugiere que la **comprensión** de lo Divino sigue un proceso evolutivo claro: De la concepción antropomórfica inevitable, muy elemental, y del politeísmo antropomórfico pasa al monoteísmo, algo más elaborado, si bien todavía tribal, (aunque algunos investigadores sostienen hoy que las primeras creencias del homo sapiens fueron ya de tipo monoteísta.) A partir del monoteísmo pasa a la Ley -a la letra de la Ley en muchas ocasiones-, y a las tradiciones, normas y costumbres sacralizadas, aunque en bastantes circunstancias sometan al ser humano... Y así, poco a poco, va llegando a la superación de esos modelos o concepciones para elevarse al espíritu de la letra, lo que conllevaba una mejor concepción de la Divinidad y del hombre mismo. Este proceso de purificación, de elevación hacia la mejor comprensión del espíritu y de Dios -proceso en el que todavía nos hallamos- lo impulsó especialmente Jesús de Nazaret, y lo guía su Espíritu...

Insisto en este tema, porque es fundamental entenderlo bien, incluso para poder creer en esa palabra revelada, y para hacernos una imagen algo más adecuada de Dios. (Más adelante abordaremos este asunto con más precisión.)

B) Tradiciones y costumbres religiosas: Acabo de hacer referencia a tradiciones y costumbres religiosas, pero parece conveniente desarrollar un poco más este apartado, aunque reincida en algunos conceptos.

Las tradiciones y costumbres religiosas se hallaban, en muchos aspectos, fundamentadas en la Ley, si bien en bastantes casos se trataba sólo de preceptos humanos, impuestos al amparo de la Ley. Como vimos, algunas tradiciones y costumbres no correspondían al espíritu de la Torá, pero se imponían y respetaban por hallarse casi sacralizadas, y como tales incuestionables. Se seguían e interpretaban según la letra, a costa del espíritu de la Ley.

Como veremos, algunos profetas denunciaron repetidamente este hecho. Ahora y aquí, baste recordar como ejemplos lo que ya hemos visto sobre la mujer, sobre el divorcio, sobre el aborrecimiento al enemigo, sobre el sábado, los alimentos o las exclusiones...

Así la praxis religiosa degeneró en una espiritualidad superficial, leguleya, con sobrecarga de normas, y de apego a la letra... Lo cual fue modelando y desarrollando una

mentalidad rígida e intolerante -muchas veces fanática-, además de dualista: jerarquía-pueblo, puros-impuros, de los que hay que apartarse... ¡para no contaminarse!

De este modo, fue reforzándose la disposición a juzgar, a condenar, a segregar, a separar. Es decir, así fue estructurándose una **mente cerrada** en sí misma, inflexible e intolerante, y una religión más amiga de las formas externas y de apariencias que del cambio interior en autenticidad.

En esta situación, una **mente abierta**, reflexiva, analítica y crítica no tenía cabida entre los “puros”. Para éstos sólo había cumplidores sumisos a la tradición o infieles pecadores, objeto de rechazo y de condena.

Esta rigidez de normas y costumbres, que los dirigentes imponían o refrendaban, convivía, sin embargo -y bajo el amparo de los jefes religiosos-, con el negocio-mercado en el mismo templo. Así, Dios y dinero -especulador, injusto muchas veces-, se hacían compatibles.

Lo cual representaba un sistema socio-religioso inaceptable, amigo del poder y del dinero, que oprimía y desvalorizaba al ser humano, y con ello también deformaba a Dios.

Al fondo se hallaba un concepto -y una imagen- demasiado antropomórficos, demasiado superficiales; concepto e imagen a veces tan primitivos que, en algunos aspectos, degradaban a Dios, lo que hacía difícil reconocerlo adecuadamente.

Por todo ello, se entienden bien las palabras de Jesús: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. (Mc. 7, 6-7)

Éste fue el panorama social, ético y religioso, que contempló Jesús de Nazaret antes de iniciar la renovación espiritual interior con el anuncio del Reino, y con él se pronunciará contra ese sistema socio-religioso y sus valores reales. Propondrá un nuevo concepto de Dios y un nuevo concepto del hombre -y de la mujer-, así como también los principios éticos básicos para una sociedad nueva, regulada por valores más auténticos y solidarios, siempre con proyección de futuro, que da sentido real -luz- y compromiso profundo a esta vida temporal, pasajera, aparentemente tan oscura a veces.